

Madame de Staël

CONSIDERACIONES  
SOBRE LOS PRINCIPALES  
ACONTECIMIENTOS DE  
LA REVOLUCIÓN FRANCESA

25 años decisivos de la historia de Francia  
y de Europa en primera persona

Edición, traducción, presentación y notas  
de Xavier Roca-Ferrer

arpa

## ÍNDICE

### PRESENTACIÓN

Madame de Staël y sus *Considérations* 21

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN 57

NOTA DE LOS EDITORES DE 1818 59

ADVERTENCIA DE LA AUTORA 61

### PRIMERA PARTE

#### CAPÍTULO I

Reflexiones generales 64

#### CAPÍTULO II

Consideraciones sobre la historia de Francia 73

#### CAPÍTULO III

Sobre la opinión pública en Francia a la subida al trono de Luis XVI 91

#### CAPÍTULO IV

Del carácter de M. Necker como hombre público 99

#### CAPÍTULO V

De los proyectos de M. Necker en materia de finanzas 104

#### CAPÍTULO VI

De los planes de M. Necker sobre la administración 111

CAPÍTULO VII	
De la guerra de América	118
CAPÍTULO VIII	
De la dimisión de M. Necker	121
CAPÍTULO IX	
De las circunstancias que condujeron a la convocatoria de los Estados Generales. Ministerio de Calonne	130
CAPÍTULO X	
Continuación del anterior. Ministerio del arzobispo de Toulouse	139
CAPÍTULO XI	
¿Existía una Constitución en Francia antes de la Revolución?	143
CAPÍTULO XII	
Del llamamiento de M. Necker al Ministerio en 1788	157
CAPÍTULO XIII	
De cómo se organizaron los últimos Estados Generales reunidos en París en 1614	160
CAPÍTULO XIV	
La división de los Estados Generales en órdenes	163
CAPÍTULO XV	
Sobre cuál era la disposición de los espíritus de Europa en el momento de la convocatoria de los Estados Generales	172
CAPÍTULO XVI	
Inauguración de los Estados Generales el 5 de mayo de 1789	174
CAPÍTULO XVII	
De la resistencia de los órdenes privilegiados a las demandas del Tercer Estado en 1789	179
CAPÍTULO XVIII	
De la actitud del Tercer Estado durante los dos primeros meses de sesiones de los Estados Generales	184
CAPÍTULO XIX	
De los medios de que disponía el rey en 1789 para oponerse a la Revolución	188
CAPÍTULO XX	
De la sesión real de 23 de junio de 1789	191

CAPÍTULO XXI	
De los acontecimientos que resultaron de la sesión real de 23 de junio de 1789	198
CAPÍTULO XXII	
De la revolución del 14 de julio	205
CAPÍTULO XXIII	
Regreso de M. Necker	208
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO I	
Mirabeau	218
CAPÍTULO II	
Sobre la Asamblea constituyente a partir del 14 de julio	222
CAPÍTULO III	
El general La Fayette	225
CAPÍTULO IV	
Del bien que hizo la Asamblea constituyente	229
CAPÍTULO V	
De la libertad de prensa y de la policía durante la Asamblea constituyente	237
CAPÍTULO VI	
De los distintos partidos que se significaron en la Asamblea constituyente	242
CAPÍTULO VII	
De los errores de la Asamblea constituyente en materia de administración	249
CAPÍTULO VIII	
De los errores de la Asamblea nacional sobre la Constitución	254
CAPÍTULO IX	
De los esfuerzos que hizo M. Necker para convencer al Partido Popular de la Asamblea constituyente con el fin de establecer una Constitución a la inglesa en Francia	259

CAPÍTULO X	
¿Es cierto que el gobierno inglés dio dinero para fomentar los desórdenes de Francia?	263
CAPÍTULO XI	
De los sucesos del 5 y del 6 de octubre	265
CAPÍTULO XII	
De la Asamblea constituyente en París	274
CAPÍTULO XIII	
De los decretos de la Asamblea constituyente sobre el clero	278
CAPÍTULO XIV	
De la supresión de los títulos de la nobleza	285
CAPÍTULO XV	
La autoridad real, según quedó establecida por la Asamblea constituyente	288
CAPÍTULO XVI	
De la fiesta de la federación de 14 de julio de 1790	291
CAPÍTULO XVII	
Cómo era la sociedad de París durante la Asamblea constituyente	295
CAPÍTULO XVIII	
De la introducción de los asignados y de la retirada de M. Necker	298
CAPÍTULO XIX	
De la situación de los asuntos y de los partidos políticos en el invierno de 1790 a 1791	304
CAPÍTULO XX	
La muerte de Mirabeau	309
CAPÍTULO XXI	
La huida del rey el 21 de junio de 1791	312
CAPÍTULO XXII	
Revisión de la Constitución	317
CAPÍTULO XXIII	
Aceptación de la Constitución llamada Constitución de 1791	326

### TERCERA PARTE

#### CAPÍTULO I

De la emigración 332

#### CAPÍTULO II

Predicción de M. Necker sobre la suerte de la Constitución de 1791 337

#### CAPÍTULO III

De los diversos partidos que componían la Asamblea legislativa 345

#### CAPÍTULO IV

Del espíritu de los decretos de la Asamblea legislativa 350

#### CAPÍTULO V

De la primera guerra entre Francia y Europa 352

#### CAPÍTULO VI

De los medios empleados en 1792 para instaurar la República 356

#### CAPÍTULO VII

Aniversario del 14 de julio celebrado en 1792 361

#### CAPÍTULO VIII

El manifiesto del duque de Brunswick 364

#### CAPÍTULO IX

Revolución del 10 de agosto. Caída de la monarquía 366

#### CAPÍTULO X

Anécdotas personales 369

#### CAPÍTULO XI

Derrota de los extranjeros en 1792 379

#### CAPÍTULO XII

Proceso de Luis XVI 381

#### CAPÍTULO XIII

De Carlos I y Luis XVI 388

#### CAPÍTULO XIV

Guerra entre Francia e Inglaterra. M. Pitt y M. Fox 393

#### CAPÍTULO XV

Del fanatismo político 401

CAPÍTULO XVI	
Del gobierno conocido como el reinado del Terror	405
CAPÍTULO XVII	
Del ejército francés durante el Terror; de los federalistas y la Vendée	412
CAPÍTULO XVIII	
De la situación de los amigos de la libertad fuera de Francia durante el reinado el Terror	416
CAPÍTULO XIX	
Caída de Robespierre y cambio del sistema de gobierno	420
CAPÍTULO XX	
Del estado de los espíritus cuando el Directorio se estableció en Francia	425
CAPÍTULO XXI	
De los veinte meses durante los cuales la República existió en Francia. Desde el mes de noviembre de 1795 hasta el 18 de Fructidor(4 de septiembre de 1797)	434
CAPÍTULO XXII	
Dos profecías singulares extraídas de la <i>Historia de la Revolución</i> de M. Necker	440
CAPÍTULO XXIII	
Del ejército de Italia	444
CAPÍTULO XXIV	
De la introducción del gobierno militar en Francia a partir de la jornada de 18 de Fructidor	447
CAPÍTULO XXV	
Anécdotas personales	453
CAPÍTULO XXVI	
Tratado de Campo Formio de 1797. Llegada del general Bonaparte a París	458
CAPÍTULO XXVII	
Preparativos de Bonaparte para marchar a Egipto. Su opinión sobre la invasión de Suiza	465
CAPÍTULO XXVIII	
Invasión de Suiza	469

CAPÍTULO XXIX	
Del final del Directorio	474
CUARTA PARTE	
CAPÍTULO I	
Noticias de Egipto y retorno de Bonaparte	480
CAPÍTULO II	
Revolución del 18 de Brumario	485
CAPÍTULO III	
De cómo se estableció la Constitución consular	493
CAPÍTULO IV	
De los progresos del poder absoluto de Bonaparte	498
CAPÍTULO V	
¿Debió Inglaterra hacer las paces con Bonaparte cuando éste accedió al consulado?	506
CAPÍTULO VI	
De la inauguración del Concordato en Nôtre-Dame	511
CAPÍTULO VII	
Última obra de M. Necker sobre el consulado de Bonaparte	516
CAPÍTULO VIII	
Del exilio	526
CAPÍTULO IX	
De los últimos días de M. Necker	532
CAPÍTULO X	
Resumen de los principios defendidos por M. Necker en materia de gobierno	537
CAPÍTULO XI	
Napoleón Emperador: la contrarrevolución a que dio lugar	541
CAPÍTULO XII	
Del comportamiento de Napoleón con el continente europeo	551
CAPÍTULO XIII	
De los medios empleados por Bonaparte para atacar Inglaterra	555

CAPÍTULO XIV	
Del espíritu del ejército francés	560
CAPÍTULO XV	
De la legislación y la administración bajo Bonaparte	567
CAPÍTULO XVI	
De la literatura bajo Bonaparte	573
CAPÍTULO XVII	
Unas palabras de Bonaparte aparecidas en el <i>Moniteur</i>	578
CAPÍTULO XVIII	
De la doctrina política de Bonaparte	580
CAPÍTULO XIX	
Embriaguez de poder. Revés y abdicación de Bonaparte	588
QUINTA PARTE	
CAPÍTULO I	
Sobre la naturaleza de la realeza legítima	604
CAPÍTULO II	
Sobre la doctrina política de algunos emigrados franceses y sus defensores	607
CAPÍTULO III	
De las circunstancias que hacen el gobierno representativo más necesario ahora en Francia que en cualquier otra parte	613
CAPÍTULO IV	
De la entrada de los aliados en París y de los diversos partidos que entonces existían en Francia	617
CAPÍTULO V	
De las circunstancias que han acompañado el regreso de la casa de Borbón en 1814	625
CAPÍTULO VI	
Del aspecto de Francia y de París durante la primera ocupación	629
CAPÍTULO VII	
De la Carta Constitucional otorgada por el rey en 1814	633

CAPÍTULO VIII	
Del comportamiento del gobierno durante el primer año de la Restauración	639
CAPÍTULO IX	
De los obstáculos que el gobierno ha encontrado durante el primer año de la Restauración	648
CAPÍTULO X	
De la influencia de la sociedad sobre los asuntos políticos de Francia	652
CAPÍTULO XI	
De las medidas que hubiesen debido tomarse en 1814 para mantener a la casa de Borbón en el trono de Francia	657
CAPÍTULO XII	
Cuál debía ser el comportamiento de los amigos de la libertad en 1814	664
CAPÍTULO XIII	
Regreso de Bonaparte	669
CAPÍTULO XIV	
Del comportamiento de Bonaparte a su regreso	675
CAPÍTULO XV	
De la caída de Bonaparte	678
CAPÍTULO XVI	
De la declaración de derechos proclamada por la Cámara de representantes el 5 de julio de 1815	684
SEXTA PARTE	
CAPÍTULO I	
¿Han sido hechos los franceses para ser libres?	688
CAPÍTULO II	
Un vistazo a la historia de Inglaterra	692
CAPÍTULO III	
De la prosperidad de Inglaterra y de las causas que la han hecho crecer hasta hoy	707

CAPÍTULO IV	
Sobre la libertad y el espíritu público de los ingleses	715
CAPÍTULO V	
De las luces, la religión y la moral entre los ingleses	725
CAPÍTULO VI	
De la sociedad inglesa y sus relaciones con el orden social	735
CAPÍTULO VII	
Del comportamiento del gobierno inglés fuera de Inglaterra	743
CAPÍTULO VIII	
¿Perderán los ingleses algún día su libertad?	753
CAPÍTULO IX	
¿Cabe fundar una monarquía limitada sobre una base distinta de la Constitución inglesa?	757
CAPÍTULO X	
Acerca de la influencia del poder arbitrario sobre el espíritu y el carácter de una nación	762
CAPÍTULO XI	
De la mezcla de religión y política	769
CAPÍTULO XII	
Del amor a la libertad	775
CRONOLOGÍA	783
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	797

¡Libertad! Repitamos su nombre... porque cuanto amamos, cuanto honramos se halla contenido en él.

MADAME DE STAËL

Hay muy pocos reyes que no hayan merecido ser destronados.

NAPOLEÓN BONAPARTE

El peor enemigo del pueblo es el pueblo mismo: la volubilidad de su carácter y la variabilidad de sus ideas y afectos. De ahí su propensión a enamoramientos súbitos que hacen que cincuenta años de virtud dejen de contar a sus ojos ante una simple falta, y que males sufridos durante un siglo desaparezcan ante una simple promesa de ponerles fin.

ABBÉ GRÉGOIRE

Cuando 1789 se convirtió en 1792 y dio paso a la República jacobina y a las medidas de 1793 y 1794, los franceses se propusieron «recrear» el paisaje social y psicológico de la humanidad: cambiaron la forma de reclutar y dirigir los ejércitos; la manera de hacer las guerras; el modo de escribir y publicar periódicos; la forma de vestir y de hablar. Incluso intentaron «reformular» el tiempo y el espacio. (...) En pocas palabras, Francia ofreció al mundo un nuevo significado laico destinado a reemplazar el sentido cósmico ofrecido por Cristo y sus apóstoles en el siglo I. Descubrieron que Dios no era sino el hombre mismo...

La Revolución hizo algo más que nos cuesta entender (y admirar) porque lo damos por sentado: «descubrió la política», por usar las palabras de un ilustre historiador francés (Michel Vovell). Podría hablarse del «nacimiento de una nación», tomando la palabra «nación» en el sentido de que millones de ciudadanos (ya no de súbditos) se vieron sometidos a un rápido aprendizaje de una nueva dimensión de la vida: la política.

STEVEN ENGLUND

Marqués de Sade: aquí tienes, Marat, aquí tienes cómo tu mujer ve la revolución. Tienen dolor de muelas y se quieren quitar la pieza podrida. Como la sopa está quemada, gritan exigiendo otra mejor. Esa mujer encuentra a su marido demasiado bajo y lo quiere más alto, aquel hombre halla a su mujer demasiado seca y desea otra más llenita, a ese tipo le duele el zapato mientras que el de su vecino le va como un guante, cierto poeta se ha quedado sin inspiración y busca desesperadamente nuevas imágenes, un pescador lleva cuatro horas junto a su caña: ¿por qué no pican los peces? De manera que se apuntan a la revolución pensando que la revolución lo dará todo; un pez, un poema, un par de zapatos nuevos, otra esposa más guapa, otro marido más potente y la mejor sopa del mundo. Para ello asaltan todas las fortalezas del mundo y aquí están. todo sigue siendo lo mismo: los peces no muerden, los versos no salen, los zapatos siguen doliendo, el mismo compañero gastado y maloliente comparte nuestra cama y la sopa es un asco como siempre. ¿Qué queda de aquel heroísmo que nos arrastró a las cloacas? Una historia para contar a nuestros nietos si llegamos a tenerlos...

PETER WEISS, *Marat/Sade* (1963)



*A la memoria de Benjamin Constant, August Wilhelm von Schlegel, Simonde de Sismondi, Prosper de Barante, Charles V. de Bonstetten y a la de cuantos formaron parte del irrepetible Círculo de Coppet en el bicentenario de la muerte de la que fue su fundadora y mantenedora, Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein, Minette para sus íntimos (1766-1817), «la mujer más extraordinaria que se haya visto nunca» a juicio del autor de Le Rouge et le Noir.*

X. R. F.



## MADAME DE STAËL Y SUS *CONSIDÉRATIONS*

«Para que un Estado sea poderoso, es preciso que el pueblo tenga una libertad fundada en las leyes o que la autoridad soberana se halle instaurada sin contradicciones.»

VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV*

«Oponerse a un poder injusto nos hace sentir un placer físico.»

MADAME DE STAËL

«Novelista, autora de ensayos filosóficos, politóloga, crítica literaria, *salonnière* y exiliada, Germaine de Staël representa el último destello del espíritu enciclopédico de la Ilustración, su fe en el progreso del hombre y de su razón, su fervor democrático y su vibrante cosmopolitismo. Al mismo tiempo, probablemente no tenemos un crítico más astuto de los ideales de la Ilustración, de su política revolucionaria y de sus corrientes filosóficas y literarias que Mme de Staël.»

He aquí como nos presenta la figura de Anne-Louise-Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein, una estudiosa del romanticismo de nuestros días, Claudia Moscovici,<sup>1</sup> en un trabajo muy reciente sobre la obra más conocida de la hija del ministro Necker y la que más disgustos y renombre le dio, *De l'Allemagne*, empezada cinco años después de *De la littérature* pero no publicada hasta 1813.

---

<sup>1</sup> *Mme de Staël: The Passionate Philosopher and Salonnière*: <http://www.amazon.com/Romanticism-Postromanticism-Claudia-Moscovici/dp/0739116754>.

A la lista de méritos que le reconoce Moscovici, podrían añadirse unos cuantos más: novelista de talento, autora de dos *bestsellers* que fueron devorados en el occidente culto de su tiempo por personalidades tan distintas y distantes como Pushkin, Goethe, Byron y Jefferson (*Delphine*, 1802, y *Corinne ou l'Italie*, 1807), traductora, dramaturga, directora teatral, actriz aficionada, genio de la conversación, pietista ocasional y amante apasionada con una habilidad fuera de serie para hacerse con los corazones de hombres de muy diverso talante: el sinuoso Talleyrand, el apuesto militar Narbonne, que conoció una carrera muy exitosa durante el bonapartismo, el brillante novelista y ensayista Benjamin Constant, el eruditísimo A.W. Schlegel, el precoz investigador en los campos de la historia de Italia y de la economía política Simonde de Sismondi, y el polígrafo y político Prosper de Barante, elevado por sus muchos méritos a la categoría de par de Francia en 1819, entre otros muchos menos famosos que también se vieron temporalmente subyugados por los encantos de la baronesa.

Sus disputas con Napoleón, al que acabó «derrotando» en Leipzig, propiciaron una imagen un tanto caricaturesca de ella: sí, se decía, fue una mujer de una inteligencia excepcional, pero en todos los aspectos (muy en especial en el discursivo y en el amoroso) un tanto excesiva. Sin embargo, las numerosas biografías que de ella se han escrito a partir de los primeros años del siglo xx han reivindicado su figura, que en los últimos años ha pasado a interesar mucho a ingleses y americanos.

Hoy es opinión casi unánime que Mme de Staël tuvo una influencia decisiva sobre más de medio siglo de la vida cultural y política no solo de Francia sino de todo el continente (1790-1840), una influencia no menor (y probablemente superior) a la de su contemporáneo, amigo y rival Chateaubriand. Puede incluso afirmarse que la baronesa nos permite entender mejor que el autor de *El genio del cristianismo* la evolución de los espíritus que nos lleva, de un modo menos rupturista de lo que en un principio podría parecer, del mundo de las luces al del romanticismo. También luchó por favorecer el florecimiento de una literatura europea en la que las culturas anglosajona, alemana, italiana y francesa pudieran conocerse, dialogar entre ellas e intentar entenderse como en aquella *Weltliteratur* con que soñaba Goethe.

En toda su obra se esfuerza por transformar las cuestiones filosóficas y literarias tratadas por la Ilustración a lo largo del siglo xviii

en una indagación estética, de la que acabará naciendo la literatura posterior a la Revolución. Mme de Staël es una de las primeras mujeres escritoras que publica sus libros con su nombre. Y como tal quiere demostrar que la emoción y la pasión, sentimientos tradicionalmente vinculados desde la baja Edad Media al sexo femenino, no suponen obstáculo alguno para el ejercicio del pensamiento con tal de que la escritora sea capaz de someterse a los principios universales que dictan la razón y la lógica.

Entre la razón que analiza y el espíritu que se entusiasma, Mme de Staël pone de entrada un deber de reciprocidad que es el ideal mayor con que el romanticismo podía soñar. Germaine no fue en modo alguno un marimacho ni la «hermafrodita descarada» que aparecía en los libelos que sus enemigos le dedicaban. Tampoco su modelo de femineidad se parecía a la noción del *Ewigweibliche* (o «eterno femenino», en el fondo, una versión laica de la Virgen María) que inspirará en el futuro a tantos autores románticos empezando por Goethe. Su comprensión de lo femenino forma parte de la antropología cultural que había observado en las sociedades europeas. Colocaba el sexo (o, si se quiere, el género) al mismo nivel que otros aspectos de la cultura, en los que incluía la literatura, el arte y la política. Sobre todo, la POLÍTICA, con mayúsculas. Porque esta fue la pasión que predominó sobre todas las demás.

Anne-Louise-Germaine Necker nació en París (junto con la última parte de la *Encyclopédie* o *Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* de Diderot y D'Alembert) en el año 1766. Todavía reinaba en Francia Luis XV *el Bienamado* y reinaría hasta 1774. Su padre, Jacques Necker, era un suizo listo que dominaba todos los secretos del negocio de la banca y, millonario desde muy joven, se había instalado en la capital de Francia como *résident* (hoy diríamos cónsul) de la República de Ginebra. Su esposa, Suzanne Curchod, era también suiza y, aunque de orígenes modestos, muy instruida y devota como correspondía a la hija de un pastor calvinista.

Suficientemente rico como para no tener que preocuparse por su futuro ni por el de su única hija, Necker se introdujo en la diplomacia, de la cual pasó a la política. Economista de gran prestigio en una época en que las finanzas de la nación francesa atravesaban un mal momento, Luis XVI lo llamó en tres ocasiones para poner orden en el Tesoro

Público. Organizador de los Estados Generales de 1789, Monsieur Necker se ganó el favor del pueblo de París hasta el extremo de que éste se lanzó a la calle y tomó la Bastilla para que el rey, que había decidido prescindir del suizo ahora odiado por la reina y la mayoría de los nobles, lo llamara por tercera vez para salvar la economía francesa.

Mientras tanto su esposa fundó y mantuvo uno de los salones intelectuales más brillantes del momento en la *rue* de Cléry, donde reunía todos los viernes a lo más granado de la intelectualidad del momento: desde los ya citados Diderot y D'Alembert hasta los *philosophes* y científicos Buffon, Grimm, Marmontel, Raynal, Galiani y Suard. Aquel salón no era, sin embargo, un mero divertimento del clan Necker y de la *femme savante* que lo dirigía, sino que se había organizado con la misión de ensalzar y popularizar la figura del *pater familias* y facilitarle una carrera política que se anunciaba gloriosa, por la que muchos apostaban y M. Necker era el primero en desear.

Con apenas doce años, la pequeña Anne-Louise-Germaine Necker se convirtió en una habitual más del salón de su madre, con cuyos miembros conversaba y discutía, a veces sentada en las rodillas de su interlocutor. Como además tocaba el clavecín, cantaba un poco y recitaba monólogos de Racine y Corneille, pronto se convirtió en el «fenómeno» del salón siendo admirada y festejada por todos sus concurrentes.

Su educación tuvo poco que ver con la de la mayoría de las niñas de su edad y clase social, pero hay que reconocer que había llegado al mundo con unas facultades naturales fuera de lo común. Era brillante porque era inteligente y muy receptiva a la hora de aprender de las conversaciones ajenas (siempre de alto nivel en aquel salón de sabios), y era locuaz porque sentía una necesidad casi patológica de expresarse y llamar la atención, pero, al mismo tiempo, mostró desde el primer día una gravedad precoz porque se tomaba muy en serio a sí misma.

A sus trece años su padre sentía ya una debilidad invencible por ella y se lo perdonaba todo. Se lo seguiría perdonando cuando hubo cumplido los treinta. Era su admirador más rendido y siempre le tributó su encandilamiento envuelto en la ternura más exquisita. Y la niña se lo pagó con una fascinación sin límites por su sabiduría y sus virtudes que tomó la forma de un amor apasionado. La gran tragedia de su vida, repitió de palabra y por escrito hasta su último momento,

fue «no haberse podido casar con su padre». Poco antes de morir confesó a Chateaubriand: «Siempre he sido la misma: alegre y triste; he amado a Dios, a mi padre y la libertad.» Ni una sola palabra sobre su marido, sus numerosos amantes ni sus cuatro hijos.

Muy pronto empezó a rivalizar con su madre por el amor de M. Necker, y no cuesta mucho adivinar quien acabó ganando la competición, especialmente cuando en 1794, mientras en París el Terror jacobino convertía media ciudad en un cementerio, la tiesa y devota Suzanne fue al fin recibida en el seno de Abraham, hay que suponer que con muy merecidos honores. Su marido aún la sobreviviría diez años durante los cuales nunca dejó de sentir aquel amor infinito que le profesó hasta la muerte su idolatrada Minette (por Germaine), como solía llamarla el banquero. Un amor que no le impidió llenar la existencia de su ídolo de disgustos y sinsabores.

En el terreno literario, este amor desmesurado por su padre se plasmó en una biografía hagiográfica del personaje compuesta por la propia baronesa para acompañar la publicación póstuma de sus manuscritos (*Manuscripts de M. Necker, précédés par Du caractère de M. Necker et de sa vie privée*) y en su último libro, publicado en 1818, es decir, después de su muerte: sus extraordinarias *Considérations sur la Révolution française*. Empezada como un tributo a la memoria de Jacques Necker, acabó convirtiéndose en una obra historiográfica de valor considerable, al abarcar la historia de la Revolución desde sus causas remotas (la política desastrosa de Luis XIV) hasta la segunda Restauración de Luis XVIII después de Waterloo, la primera redactada por un testigo presencial (que en realidad fue una testigo) de todo su desarrollo.

Esta fijación en parte patológica de Mme de Staël no le impidió enamorarse (casi siempre «locamente») de otros hombres, con los que mantuvo por lo general relaciones tempestuosas que duraron poco, con la excepción de la que la vinculó durante más de quince años «de tormentos y éxtasis» con otra personalidad extraordinaria de la época, el pensador y escritor suizo Benjamin Constant. Aunque nunca fue lo que se dice hermosa, tenía un atractivo casi mágico para los hombres que no residía únicamente en sus brillantes ojos negros ni en sus senos rotundos de ama de cría bretona. Su arma secreta (un arma que conservó y, si cabe, mejoró a lo largo de toda la vida) fue «*la merveille*

*de sa conversation*» por usar los términos en que la describirá en su nota biográfica su prima Albertine Necker de Saussure.

Como ha escrito uno de sus biógrafos, «todos sus contemporáneos le reconocen el talento que luce en sus libros, pero es en la conversación donde estalla su genio».<sup>2</sup> «La conversación francesa solo existe en París y la conversación ha sido, desde mi infancia, mi mayor placer», escribirá ella misma, temerosa de haber perdido la posibilidad de este goce para siempre, en sus *Dix années d'exil* (I, 10), obra inconclusa que precedió a la que aquí presentamos. El *partenaire* ideal de Germaine a la hora de las escaramuzas verbales fue el ya citado Benjamin Constant, el único conversador que tuvo a mano a su altura. Cuando ambos se enzarzaban porque discrepaban sobre cualquier tema, por muy vulgar que fuera, daban lugar a un espectáculo tan extraordinario que todos los presentes quedaban embelesados.

Desde muy joven tuvo numerosos pretendientes, no todos devotos de sus gracias: muchos daban bastante mayor importancia a la gran dote que del banquero Necker se esperaba. Finalmente Germaine consintió en casarse con el sueco Eric Magnus de Staël-Holstein, hijo de una buena familia venida a menos, el cual, gracias a la protección de su rey Gustavo III y de la reina María Antonieta, culminó una carrera militar y diplomática mediocre con el título de barón y el cargo de embajador de Suecia en París. El matrimonio se celebró el 14 de enero de 1786 en la capilla de la embajada sueca en París. La novia tenía veinte años y el novio diecisiete más. La unión fue más fruto de intereses diplomáticos que del amor entre los contrayentes. Muy pronto ambas partes empezaron a engañarse públicamente el uno al otro y ninguno de los hijos que tuvo Germaine fue engendrado por el barón sueco, salvo una niña, a la que bautizaron Gustavina, en honor del rey de Suecia, que murió al año y poco de nacer.

Pero por muy intensa que resultó la vida amorosa de la baronesa desde que se desmoronó prematuramente su matrimonio con el sueco, su principal ocupación a lo largo de los treinta años que le quedaban de vida fue convertirse en heredera a todos los efectos de la misión a la que se había entregado su padre, de modo que se metió de un salto y para siempre en la vida política e intelectual de la época a través de

---

2. Diesbach, G. de, *Madame de Staël*, París, Librairie Académique Perrin, 1983, p. 378.

su salón, sus escritos e incluso de los dos primeros hombres que amó y la amaron (Narbonne y Benjamin Constant). Todos sus demás amantes (el conde Ribbing, regicida sueco, el aristócrata portugués Pedro de Souza, el apuesto militar austríaco Maurice O'Donnell, el brillante y complicado intelectual Prosper de Barante, o su esposo «póstumo» y padre de su última criatura, el infeliz John Rocca), notablemente más jóvenes que ella, fueron caprichos, por más que los atormentara con escenas y apasionadísimas cartas dignas del peor melodrama de la historia del género.

Debe reconocerse que, al menos a partir de su primera novela larga, pasó la vida cosechando éxitos auténticamente internacionales, al menos en el terreno literario: sus novelas *Delphine* (1802) y *Corinne ou l'Italie* (1807) «arrasaron» desde San Petersburgo hasta Washington. También *De l'Allemagne* (1813), inmediatamente traducido al inglés y al alemán, vendió muchísimo (aunque quizá por motivos no derivados directamente de sus méritos) cuando, tras la destrucción de la primera edición por orden de Napoleón en 1810, vio finalmente la luz en Londres en 1813 con la aureola de gloria y de curiosidad que despierta invariablemente una obra prohibida por un déspota odiado.

Aunque en sus pasiones amorosas Mme de Staël se mostró como una auténtica leona, fue una gran moderada en política. Hija de la Ilustración, conocía los males del Antiguo régimen (que, para más inri, había tratado tan mal al *celestial* Jacques Necker) y quería su transformación en una monarquía constitucional de tipo liberal como la de Inglaterra. Decepcionada por la actuación de la pareja real borbónica, acabó por aceptar la República «dentro de un orden», una vez que se hubo proclamado en su amada Francia. Pero, a diferencia de Goethe, que «prefería la injusticia al desorden», Germaine se empeñó en imponer a la vez y, al menos para Francia, «libertad y orden», lo cual, en aquellas circunstancias, venía a ser como soñar con la cuadratura del círculo.

Conociendo por experiencia los excesos de la derecha monárquica y de la izquierda exaltada, los de esta última a partir de las terribles matanzas de septiembre de 1792, preludio del proceso y ajusticiamiento de los reyes y del Terror jacobino, desde el primer momento Germaine Necker abogó por la moderación, una moderación construida sobre una alianza de la razón y el sentimiento. Desde que la Constituyente echó a andar, la baronesa de Staël, fiel al discurso de su padre, defendió

en su salón (las mujeres no podían ser diputadas) la monarquía constitucional y solo cuando esta se va al traste de una vez por todas, la República liberal (mejor una República que la vuelta de los detestados Borbones) y la causa girondina.

El 10 de agosto de 1792, pocos días antes de que empezaran las matanzas de septiembre, huyó a Suiza y se instaló con sus padres en el castillo de Coppet junto al lago Lemán, en el cantón de Vaud, un castillo que M. Necker había comprado (junto con la baronía que llevaba adjunta) en 1784. A partir de este momento empiezan a turnarse en la peripecia vital de Mme de Staël los periodos de exilio en Suiza con los de vida «activa» en Francia (a veces en su adorado París, otras en provincias aunque nunca lejos de la capital, según el rigor represivo mostrado por el poder de turno) hasta la caída definitiva de Napoleón en 1814. Sea como fuere, hay que descubrirse ante el valor que mostró cuando inmediatamente después de Termidor, se atrevió a reabrir su salón parisino en la primavera de 1795, al cual acudieron, entre otros muchos, el más famoso de los revolucionarios españoles, el sevillano José Marchena, un salón ahora trasladado a la sede de la embajada sueca «por razones de seguridad».

Desde allí, rodeada de sus devotísimos, pero también de otros que no lo eran tanto, intenta «dirigir» la evolución del poder (usando cuando se tercia a Benjamin Constant como persona interpuesta) y siempre en busca de la anhelada moderación. Ante los múltiples peligros que la acechan, la baronesa no duda en apuntarse a la promesa que para muchos supone la aparición y el primer liderazgo de Bonaparte instalado en el Consulado. Lo había admirado mucho durante sus campañas de Italia y en un primer momento creyó ver en él el apoyo que necesitaban los que pensaban como ella. Antes, si los monárquicos la habían tenido por sospechosa, los republicanos la exiliaron en 1795. Finalmente, se dijo, «el poder había pasado a un hombre de talento», por no hablar de genio, que se alinearía con ella para suerte de Francia.

Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que se había vuelto a equivocar de valedor. Su al principio idolatrado Napoleón Bonaparte, «el más civil de los generales», cuya intervención en la política de Francia iba ganando fuerza con cada día que pasaba, empezaba a destaparse como su nuevo adversario, quizá el más temible de todos. Aprovechando un nuevo exilio, escribe y publica en 1796 *De l'influence des passions sur*

*le bonheur des individus et des nations*, obra en la que la investigación clásica sobre el fenómeno de las pasiones que tanto había interesado a algunos autores anteriores, como La Rochefoucauld, da lugar, gracias a sus elucubraciones, observaciones y sugerencias, a una auténtica meditación política. La Revolución le había abierto los ojos sobre lo determinante de la influencia de las pasiones en el comportamiento de las masas y cómo podía acabar frustrando las mejores intenciones de los ilustrados empeñados en dotar de mayor libertad y bienestar a un pueblo bondadoso pero inculto y fácil de engañar. Lo había intuido ya un curioso revolucionario, el clérigo juramentado que ha pasado a la historia como *Abbé Grégoire*: «El peor enemigo del pueblo es el pueblo mismo: la volubilidad de su carácter y la variabilidad de sus ideas y afectos. Supone su propensión a enamoramientos súbitos que hacen que cincuenta años de virtud dejen de contar a sus ojos ante una simple falta y que males sufridos durante un siglo desaparezcan ante una simple promesa de ponerles fin.»

Como escribirá ella misma años más tarde en sus *Considérations*, «Cuando el pueblo se rebela, suele ser sordo a la razón y se deja influir por las sensaciones como si estas fueran electrochoques...» Por ello, en su obra sobre las pasiones, que, al parecer, no desagradó a Napoleón, Germaine se esfuerza por hallar una solución al problema e instruye al lector sobre la mejor manera de canalizar y, eventualmente, neutralizar ciertas pasiones capaces de frustrar la realización de los ideales perseguidos por los mismos «apasionados».

El acceso al poder del general corso tras poner fin al Directorio y convertirse en Primer Cónsul de la República, coincidió con una orientación más literaria de las actividades de su contrincante. En un primer momento Bonaparte, quizá temiendo que aquella mujer irritante y ridícula a la vez acabara por causarle algún perjuicio, hizo un último intento por ganársela para sí o, al menos, por neutralizarla. A tal fin le envió a su hermano José, con el que Germaine mantenía una óptima relación de amistad, para que la sondeara. «Mi hermano», parece que le dijo el que en el futuro sería efímero rey de España, «se queja de ti». ¿Por qué razones incomprensibles se negaba a apoyar a un hombre al que tantos apoyaban? ¿Quería recuperar los dos millones de francos que, en un alarde de generosidad y patriotismo (a favor de una patria que no era la suya), el banquero Necker había prestado (a un interés

del 6 por ciento) al Tesoro del guillotinado Luis XVI? ¿Quería ver cancelada la orden del Directorio que la exiliaba de París? Podía tener la seguridad de que si se ponía de su parte, obtendría ambas cosas. En dos palabras: ¿Qué diablos quería del Primer Cónsul, que estaba dispuesto a acceder a casi todo por complacerla? La respuesta que José llevó a su hermano fue la siguiente: «Dios mío, el problema no reside en lo que yo *quiero*, sino en lo que yo *pienso*.» La historia nos la cuenta ella misma en su inacabado *Dix années d'exil*.

A partir de entonces, temerosa de la censura, la hija de Necker renunció a intervenir en los asuntos públicos de forma personal y empezó a verter su concepción de la política y de la historia en sus estudios teóricos y en sus novelas. Es en el refugio de Coppet donde empieza a escribir el que será considerado uno de sus tratados fundamentales, *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* (1798-1800), en el cual, tras analizar los vínculos que relacionan la cultura artística y científica con el régimen político, la religión y las costumbres de una determinada nación, recomienda la República a los pueblos y una literatura basada en la filosofía, el sentimiento y la moral así como la vuelta a los principios de la elocuencia clásica, único instrumento capaz de decantar a los ciudadanos hacia «opciones razonables». En esta obra, y, muy concretamente, en el capítulo III de la segunda parte, traza las líneas maestras de su concepción de lo que debe ser la política en una República, que desarrollará mediante el análisis de lo ocurrido en Francia en sus futuras *Considérations*.

Hoy es opinión de muchos que con su tratado de 1800, Germaine de Staël hizo algo importantísimo: inventó la literatura, el concepto de literatura tal como ha sido concebida, estudiada y asumida a partir de aquel momento. La literatura que Mme de Staël «presenta en sociedad» el último año del siglo XVIII, nació de lo que se había venido llamando hasta entonces las *Belles Lettres*. El paso se da en el momento preciso en que empezaba a definirse una nueva concepción de la invención en las artes. Precisamente en los primeros años que siguieron a la Revolución francesa. A un famoso poema de André Chénier titulado *L'invention*, que se refiere a ella sin concretar sus rasgos definitorios, contesta la baronesa con su *De la littérature*, su primera obra de auténtica enjundia, que, en muchos aspectos, tiene el carácter de todo un manifiesto, como ha explicado muy bien Jean Pierre Bertrand en

un brillante estudio de reciente aparición.<sup>3</sup> Casi de un día para otro del concepto de *Belles Lettres* del Antiguo régimen, que agrupaba un conjunto de escritos de muy diversa naturaleza del que no se excluían los dedicados a las artes y a las ciencias llamadas físicas, *si estaban lo bastante bien escritos*, pasamos casi de un salto y por obra y gracia de Germaine Necker, al de literatura, entendida ahora como un proyecto autónomo destinado a especializarse y a profesionalizarse.

Libre de sus tutelas históricas (la Iglesia y el Estado), la literatura (sobre todo la que se escribirá a partir de aquel momento histórico) recibe el encargo de pensar por y sobre sí misma. Pero la baronesa no se limita a «inventar» la literatura, sino que, como ha señalado Éric Bordas,<sup>4</sup> también «inventa el discurso teórico por oposición al discurso crítico». Hasta ella, los escritos «sobre literatura» (o sobre las *Belles Lettres*) contenían casi exclusivamente «juicios de valor». Además, utiliza este texto, auténticamente seminal en la historia de la literatura moderna, para tender un puente entre literatura y sociedad, esta última representada por sus instituciones, desvelando por primera vez en el panorama de las letras europeas una relación de necesidad innegable entre ambas partes. Si las instituciones van a ser las dianas a las que apuntará la literatura, ésta deberá convertirse a su vez en un espejo de la sociedad y en fuerza creadora y correctora de estas mismas instituciones. Cabe decir, pues, que con *De la littérature* nace también la idea del compromiso del autor con el mundo que le rodea, a cuyo progreso debe contribuir mediante su talento, su capacidad crítica, su sensibilidad y su honestidad. Germaine retomará y desarrollará muchas ideas de este tratado en su obra posterior (y más popular, quizá por la persecución que, a causa de ella, puso en marcha Napoleón contra su persona) *De l'Allemagne*, aunque las aplicó a una literatura muy concreta, la alemana, en aquel momento prácticamente desconocida fuera del mundo «germánico», concluida en 1810 pero no publicada hasta tres años después.

---

3 Bertrand, Jean-Pierre, *Inventer en Littérature: Du poème en prose à l'écriture automatique*, Paris, Éditions du Seuil, 2015, pp. 104-110.

4 En Mme de Staël. *Écrits sur la Littérature. Anthologie*. É. Bordas (editor). París, Le Livre de poche, col. «Les classiques de poche», 2006, p.8.